

92(70)

28

GUERRERO

SINTESIS BIOGRAFICA

POR EL PROF.

JUAN B. SALAZAR

LIBRARY
UNIVERSITY OF MICHIGAN
ANN ARBOR MI 48106
U.S.A.



1931

IMPRESA A SU ORDEN
42 CALLE DE MESONES NUM. 27
MEXICO, D. F.



3115-78

GUERRERO

SINTESIS BIOGRAFICA

POR EL PROF.

JUAN B. SALAZAR



BIBLIOTECA
RAFAEL GARCIA GRANADOS
INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES MATEMATICAS

UNIVERSIDAD
NACIONAL AUTONOMA Y SUSTITUTA
COMISION NACIONAL DE INVESTIGACIONES
CIENTIFICAS Y ARTISTICAS

*Donación del Sr. Prof. Alfonso L. Herrera
- Abril de 1932.*

1931
IMPRENTA A SU ORDEN
4A. CALLE DE MEXICO NUM. 87
MEXICO, D. F.

744-93



A mi sabio y cara maestro, Prof.
don Alfonso L. Herrera, dedico este
recuerdo con el cariño y la veneración
de su discípulo,

Juan B. Salas.

Col. Clarín
Alexandria 26.

Homenaje a mi Estado Natal,
en el Primer Centenario de la
muerte del Glorioso Caudillo
Suriano.

1831 - 1931

14 de Febrero.

GUERRERO

TIXTLA.—Fué fundada, según tradición, por Moctezuma Ilhuicamina, que estableció una colonia de familias sacerdotales cuya misión era propagar la religión del imperio entre las tribus autóctonas de aquella zona. El maestro Altamirano, hijo ilustre de esta ciudad, el cual será nuestro guía, la describe así: "Un valle ameno y fertilísimo, abrigado por un anfiteatro de hermosas sierras cubiertas de una vegetación lozana, y de cuyas vertientes descienden cuatro arroyos de agua cristalina, bastantes para la irrigación de los terrenos y que van a formar al oriente de la población actual un lago pequeño, pero bellissimo. Temperatura fría en las alturas, tibia en el llano y caliente en los bajíos; vegetación gigantesca en las selvas que revisten las montañas, y sombría y tropical en los huertos que cultivan los indios con esmero; llanuras cubiertas de maizales en estío y de grama y de flores en la primavera, pequeñas colinas engalanadas con eterna verdura, los dos bosques sagrados de ahuehuetes seculares a cuyo pie brotan las fuentes de aguas vivas; una atmósfera embalsamada y un cielo en que la luz solar se suaviza al través de una gasa de brumas: he aquí el cuadro que presenta TIXTLA, al que desciende a ella por la cuesta occidental en que serpentea el camino a Chilpancingo, la tierra de los Bravos"

En esta tierra de agua limpia y cantarina, de huertos tropicales, de casas cuyos techos rojizos se retratan en la lim-

pidez del espejo de su laguna, y escoltan añosos ahuehuetes, nació el 10 de agosto de 1783 VICENTE GUERRERO. Fueron sus padres don Juan Pedro Guerrero y doña María Guadalupe Saldaña.

Descendía de humilde familia de campesinos dedicados a la arriería en cuyos trabajos pasó su niñez y parte de su juventud. Menos afortunado que los niños contemporáneos, no asistió a la escuela a recibir una amplia y moderna educación; él vivió al lado de sus padres a quienes acompañaba en las faenas del campo y en las penosas tareas de la arriería. Poco se sabe de sus primeros años, ya que un indio obscuro como él, en nada podía llamar la atención, pero que supo por su gran fuerza de voluntad llegar a los más altos puestos públicos y ser en el sur el Apóstol de la Libertad.

Según refieren sus biógrafos, era Guerrero de carácter suave, de honradez acrisolada, de fácil comprensión, y a su sencillez de hombre de campo unía una gran constancia y un esfuerzo ejemplar para la lucha diaria. Era de figura atractiva, de color moreno, nariz aguileña, labios delgados como el filo de una espada, ojos negros y brillantes de mirar intenso, fascinadores, ojos de águila que sondearon el abismo del barranco y vieron el corazón del hombre. Su estatura era regular, de complexión fuerte, musculatura de acero, característica del montañés, cabeza grande, coronada por rizada y negra cabellera y la cara encuadrada en dos largas patillas.

Con su carácter jovial y agradable supo captarse la simpatía de cuantos lo conocían. El diario trato con las gentes del pueblo, el conocimiento que tuvo de los hombres en las ventas y en las posadas que bordeaban los caminos que por entonces conducían a Acapulco, hacia donde su padre don Pedro Guerrero iba con las recuas al comercio de la naho de China, ampliaron sus horizontes pueblerinos y conoció el estado social de la Nueva España. La llegada de dicha embarcación al puerto constituía por aquella época un aconteci-

miento y una de las primeras ferias en el mundo. Venía cargada de toda clase de mercaderías: muselinas, telas pintadas, sedas crudas, camisas de algodón, medias de seda, obras de platería labradas por artífices chinos de Cantón o de Manila, y de variedad de especias y aromas. En cambio llevaba hacia las tierras asiáticas barras de plata, pesos fuertes, cochinilla de Oaxaca y cacao en abundancia. Al sólo anuncio de que el galeón se había avistado en las costas, se llenaban de arrieros y comerciantes los caminos de Chilapa, de Tixtla, de Chilpancingo y de Iguala. La población de Acapulco que apenas contaba con cuatro mil habitantes, ascendía durante los días de comercio a nueve mil almas.

En tales viajes se hizo de amistades con otros arrieros y con campesinos que más tarde militaron en sus fuerzas o le prestaron valiosa ayuda. De seguro en estos viajes conoció y trató a Morelos, a Valerio Trujano, que como él, fueron también arrieros.

La contemplación del paisaje, la vista diaria de montañas y de cordilleras, la luminosidad del cielo, fueron despertando quizás en él, vagos sentimientos de mejoramiento y de bienestar social. Veía a su raza subyugada por los conquistadores, cuyo insaciable apetito de oro y de dominio aparecía disfrazado con la propaganda religiosa y ocultaban de este modo, la espada tras de la cruz. Las tierras habían sido arrebatadas por los amos; sobre la espalda del peón restallaba el látigo del encomendero y pesaba la más inicua de las explotaciones que había acabado por reducir a los pueblos a la esclavitud. Tal era el estado de humillación y de envilecimiento del antiguo Anáhuac, cuando en el pueblo de Dolores vibró la campana de la Independencia, y el Grito del Padre Hidalgo despertó la conciencia del pueblo que parecía dormida. Grito de rebeldía, grito emancipador cuyo eco resonó por montes y valles, por villorrios y ciudades. Hasta Vicente Guerrero llegó el aliento vivificador de la libertad y

conmovió su alma campesina. La primera gran batalla, fué la moral, la que tuvo que librar contra su padre, que era de ideas conservadoras. No bastaron razones para convencerlo de que era una empresa arriesgada y de éxito dudoso: los españoles eran ricos y los revolucionarios pobres; los realistas tenían armas y parque suficientes, en tanto que los rebeldes de Hidalgo carecían de toda clase de elementos. Pero él, Guerrero, triunfó del ambiente familiar, se sobrepuso a sus sentimientos filiales y en noviembre de 1810, se alistó a las órdenes de Galeana. En 1912, se encuentra en Taxco, os-tenta ya el grado de capitán y por órdenes de Morelos es el jefe de la plaza de la mencionada población.

El 23 de febrero del mismo año, se batió valientemente en Izúcar (Puebla), contra el brigadier Llano, y después del desastre de Puruarán, fué designado jefe de la revolución en el sur de México.

Una Marcha Arriesgada

Morelos reconoció en Guerrero a un verdadero soldado y lo comisionó para que fuera a levantar los pueblos de la región de la mixteca. Debe ir desde la Costa Grande hasta Silacayoapam, (Oax.) y recorrer unas ochenta leguas. La zona está infestada de realistas; la sierra es abrupta, peligrosa, abundan las fieras y los animales ponzoñosos; además, escasean los medios de vida. No importa, él saldrá avante de esta empresa. Sin más compañeros que su asistente y el coronel José María Sánchez de la Vega que se le unió en Ajuchitlán, emprende la odisea. Después de fatigosa caminata llega a la población, punto objetivo de su jira. En una de las montañas inmediatas, encontró fortificado a don Ramón Sesma, a quien se acerca a solicitar auxilio. Los soldados de éste, reciben con marcadas muestras de simpatía a Guerrero y lo aclaman. Sesma siente celos y aleja a Guerrero. Le entregó

una carta para Rosains, que se encontraba en Tehuacán, en la que dá instrucciones a este jefe para que lo nombre comandante de su escolta "y lo tenga a la vista"; ya que a la llegada de este negro, decía, "se conmovió por él toda mi tropa y llegué a temer un motín."

Se Hace de Elementos

Al descubrir las maquinaciones de Sesma, se decidió a luchar por cuenta propia. Sigue el curso del río de Tacachi y acampa en el cerro de Papalotla.

Cuenta ya con cincuenta hombres e inicia la organización de sus fuerzas. Habían transecurrido ocho días desde su llegada a este sitio, y cuando menos lo esperaba se percató de que el realista José de la Peña se aproximaba con setecientos hombres perfectamente armados, con suficiente parque y elementos de guerra. La llegada del jefe realista lo inquieta. Sus compañeros de armas lo ven pensativo y parece indeciso. Huir sería vergonzoso y el enemigo ganaría terreno y opinión en aquellos pueblos que anhelaban verse libres de sus dominadores. Atacar parece locura y temeridad. Pasa revista a sus elementos y sólo tiene cincuenta soldados que carecen en absoluto de parque y de armas. Todo el equipo de guerra se reduce a DOS ESCOPETAS Y UN FUSIL DESCOMPUESTO. No obstante, se le presenta la oportunidad de hacerse de elementos quitándoselos al enemigo. Este es el medio más práctico que tienen los insurgentes para lograrlos.

En tan aflictiva situación, cuando su ánimo parecía abatido por no saber qué hacer, se le presenta un muchacho que tocaba el tambor. No quiere tocar el suyo porque tiene caja de madera: anhela tocar un flamante y de metal. Se acerca y le dice: Señor, siempre he soñado en tocar un buen tambor; prométame usted darme el de cobre que trae el enemigo, el tambor de órdenes de los españoles, cuando se lo

quitemos? Rió de buena gana Guerrero y ofreció darle el tambor al muchacho.

Decidió el ataque: para esto, armó de sendos garrotes a sus soldados y protegido por la sombra de la noche, procurando no hacer ruido para que el enemigo no se diera cuenta de la maniobra; pasó a nado el río y cuando más confiados estaban los realistas, penetra subrepticamente a su campamento y los ataca a garrotazo limpio. Estos, ante lo inesperado de la agresión no tienen tiempo de nada; los insurgentes les arrebataron las armas a los que dormían, se inicia el ataque, se oyen gritos por todas partes y el desorden más completo reina entre las filas del enemigo que desmoralizado deja el campo y huye.

Al día siguiente se vió dueño de la situación; sus soldados inermes la víspera del combate, cuentan ya con cuatrocientos fusiles y abundante parque. Recogió rico botín e hizo muchos prisioneros. La fortuna premiaba su arrojo y su valentía incomparables.

Con desbordante alegría celebraron esta hazaña, que constituye una de las más bellas páginas de la historia insurgente digna de ser grabada en el granito de nuestras cordilleras. El triunfo fué festejado en el pueblo; músicas y repiques de campanas anunciaron la victoria.

No descansa y emprende la reorganización de sus fuerzas; pero no logra sus propósitos porque las viruelas merman sus filas. Trata de componer su armamento averiado con la garrotiza de la reciente campaña, más no puede obtener el fierro necesario. Rosains, a quien se lo pidió, se negó rotundamente a proporcionárselo.

Nuevas Hazañas

Acampa en una colina inmediata al pueblo de Tecomaatlán, (Pue). Los soldados solicitan permiso para ir al mercado de la población a comprar víveres y otros menesteres que no pueden adquirir en el campo. Charlan alegremente con aquellos pueblerinos a quienes narran los últimos sucesos de la campaña. Cuando más confiados estaban, los sorprende el realista Lamadrid, que los acomete vigorosamente. El momento es difícil, pues se hayan lejos de su jefe que ha quedado en el campamento. Pero éste, no mide el peligro, se entera de lo que sucede a sus fuerzas y arrojado y sin más compañeros que un centinela y el tambor, marcha a ponerse a la cabeza de sus soldados. Al verlo se reaniman, combaten valerosamente, y aún los vecinos del pueblo, ante este rasgo de audacia y de empuje, se unieron a los insurgentes. Se generaliza el ataque, se intensifica el fuego y es tal la bravura y la decisión que se retira Lamadrid, no sin dejar varios muertos y una pieza de artillería.

La forma en que se combatía en aquellos tiempos, las armas poco ventajosas si las comparamos con las modernas, y sobre todo, la escasez de elementos con que lucharon los soldados de la Independencia, nos explicará por qué siempre buscaban las alturas para construir sus fortines: construyen trincheras en una montaña, la abandonan y van a otra.

De aquí que Guerrero se fortificara en el Cerro del Chiquihuite. Mole imponente que se eleva entre quiebras y barrancos en territorio del hoy Distrito de Morelos. Allí lo ataca Lamadrid, pero es derrotado. En esta acción se distinguieron los peones y los indios de las mixtecas que dieron una prueba de su amor a la libertad.

Deja Guerrero al coronel Sánchez en el Cerro del Chiquihuite y se dirige al pueblo de Xonacatlán, donde recibió noticias que de Tlapa se aproximaba para atacarlo, el rea-

lista Joaquín Combé. Muy de madrugada abandona Xonacatlán y se dirige a la población de Alcozauca. El cura del lugar, trata de ponerle una camada; para esto, lo invita a oír misa; pero al darse cuenta de los aviesos propósitos del sacerdote, le dice: "Es usted un mal hombre, pues viniendo de Tlapa, donde está el enemigo, nada me ha dicho de su salida. No lo fusilo ahora mismo, porque no quiero dar escándalo."

Al oriente y al poniente de Alcozauca, se elevan escabrosas y altísimas montañas. A una de estas se retiró Guerrero aparentando huir del enemigo. Los realistas han reunido sus mejores elementos: piquetes de la Lobera de Cataluña, fuerzas de Santo Domingo y Dragones de la Reina Isabel. A marchas forzadas llegaron al pueblo de Tlalixtaquilla en donde pernoctaron. Contra marcha Guerrero y a las nueve de la noche sorprende a los realistas, los ataca y los derrota completamente. Hizo numerosos prisioneros entre los que se encontraba el jefe Combé a quien fusiló.

En Busca de Elementos

Los españoles veían en Guerrero a uno de los más fuertes baluartes de la Independencia, por eso lo persiguieron de un modo tenaz. Pero él no teme, se dirige al pueblecillo de Atlamajalcingo del Monte y se fortifica en la montaña llamada de la "Purísima." Allí funde los tubos del órgano para hacer balas, y con las campanas fabrica cañones. En 1823, los indígenas del mencionado pueblo, por medio de su Presidente Municipal Cayetano Isidro, reclamaron a Guerrero el pago de la deuda que con ese motivo contrajo con ellos. El contestó en la forma siguiente: "Es efectivo y cierto el crédito que se reclama en esta exposición. Los vecinos del pueblo que representa, franquearon sus campanas y el

órgano, (veintiuna arrobas de plomo) para que se construyeran municiones que sirvieron a la división de mi mando. Esta es una de las deudas que he tenido presente en las exposiciones que he hecho al Soberano Congreso para el reconocimiento y satisfacción de las que causé en la defensa de mi patria, en cuya virtud pueden hacer los suplicantes las gestiones que crean convenientes."

Era urgente extender la revolución a la Costa. Para ésto, comisionó al coronel Juan del Carmen, quien hizo una brillante campaña. Era éste de un valor y de fiereza tales, que hacía temblar a los enemigos. Siempre entraba a pié a los combates y con su machete costeño, volaba la cabeza de los realistas. Fué uno de los más leales y abnegados compañeros de Guerrero y le sirvió como Trujano a Morelos.

Sitio de Tlapa

De Atlamajalcingo se dirige Guerrero a Xonacatlán. Apenas descansa de la caminata cuando lo ataca Lamadrid que quiere vengarse del desastre del "Chiquihuite" y del fusilamiento de Combé; pero nuevamente es derrotado. Dado el buen éxito de esta acción y en vista de las magníficas condiciones estratégicas de un cerro inmediato, se fortifica allí. Desde entonces se conoce tal sitio con el nombre de CERRO DEL CAMPO DE XONACATLAN.

Lamadrid, no ceja. Es hombre valiente y de resolución: Une sus elementos con los de Samaniego, (otro realista) y juntos atacan a Guerrero en Chinantla, (Pue.) El combate es encarnizado. De una y de otra parte se registran bajas. Se pelea todo un día, hasta que al fin, la victoria se declaró en favor de Guerrero.

Ahora su objetivo es Tlapa, importantísima población en cuya plaza está el comandante Carlos Moya. En Alcozauca conferencia Guerrero con el coronel Juan del Car-

men que ha regresado de su expedición a Costa Chica, y lo comisiona para que inicie el asedio de la mencionada plaza.

El primer encuentro tiene lugar en el pueblo de Ostocingo, a inmediaciones de Tlapa. Fué tan dura la lucha, que los insurgentes casi acabaron con los realistas.

En esos días se celebraba una feria en el pueblo de Chepetlán, del hoy Municipio de Tenango, no lejos de Tlapa. Los soldados de Guerrero desean divertirse; las fatigas pasadas en campaña y el arrojo y valentía con que pelearon los hace dignos, y hacia allá se encaminan.

La fiesta está animada: rojas vasijas de agua fresca se ven entre flores: los puestos de tamales, fruta de horno y cacahuates están muy concurridos. Los muchachos juegan al carcamán y los gritos del que corre la lotería hacen reír a la gente por la velada intención del epigrama. Varios soldados realistas se confunden con los pueblerinos y se divierten de lo lindo confiados en que los insurgentes—"están muy lejos."—Las campanas dan al aire su nota musical: los cohetes estallan, las danzas tradicionales bailan en el atrio de la Iglesia Parroquial, y las bandas regionales tocan alegremente. Todo es contento. Cuando se oye un grito: ¡Guerrero!

"¡Allí viene Don Vicente!" como se ha llamado a nuestro héroe. "¡Allí vienen los soldados de la Libertad!"

Guerrero entra a la plaza, sonriente y satisfecho. Nada deben temer los vecinos. Sus soldados vienen a gustar. En aquellos momentos un piquete de sus fuerzas le lleva prisioneros a los realistas que encontraron en el pueblo. El pánico se pinta en el rostro de éstos. Sólo esperan la muerte. Pero no es así. Guerrero es generoso y les concede gozar de la fiesta. Pero a la mañana siguiente deben partir a incorporarse a los realistas de Tlapa.

La musa popular y festiva de don Guillermo Prieto cantó este rasgo de bondad del Héroe Suriano:

"Fiesta de Chepetlán"

Alegre viste sus galas
el pueblo de Chepetlán,
Que está celebrando el día
De la fiesta "titular"
¡Cual repican las campanas
De la Iglesia Parroquial!
Cómo suena el "teponaxtle"
Con monótono compás!
Y cámaras y cohetes
Estallan aquí y allá.
Y se escucha en todas partes
una algazara infernal.
Por donde quiera enramadas,
En las que vendiendo están
Aguas frescas y sardinas,
Y al son de un arpa tenaz
Nativos y forasteros
Bailan con dulce igualdad;
Se oye la voz estentórea
Del que tiene el carcamán,
Y de otro que "lotería"
Llama a todos a jugar.
Entre los arcos de flores
Pasa la brisa fugaz,
Templando apenas el fuego
De ardiente sol tropical.
En grupo la muchedumbre
Se agita en constante afán,
Avida de divertirse
Anhelando por gozar.
Los hombres, ancho sombrero
Y negro en lo general,

Camisa y calzón muy anchos,
Muy blancos y nada más:
Las mujeres con enaguas
De extraña diversidad;
Y todos ríen y todos cantan
Y llegan, vienen y van,
Tomando de cuando en cuando
Algún trago de mezcal.



Entre tanto forastero
Que ha llegado a Chepetlán,
Buscando en aquellas fiestas
Tener un grato solaz,
Se notan muchos soldados
Que con licencia quizás,
De las tropas virreinales
Se apartaron sin pensar
En guerras y en insurgentes,
Porque muy lejos están
Guerrero y todos los suyos,
Y no hay que temerles ya.
Al menos mientras que dure
La fiesta de Chepetlán.
Cuando la tarde se acerca
Y el sol declinando está.
Se escucha rumor extraño,
Inusitado y marcial,
Y la gente se alborota
Ya, sin poder explicar
Lo que causa aquella alarma
Y produce lance tal:
De repente por las calles,
Sobre un erguido alazán,

Que tasca el freno impaciente
Y echa fuego al respirar,
Altivo pero sereno,
Llega un hombre en cuya faz
Se pinta el alma de un bravo
Tan noble como leal:
Es GUERRERO, el indomable
Hijo de la libertad:
Le sigue valiente tropa
Que al pueblo llegando vá,
Y se ocultan los que temen
Y otros salen a mirar.
Entra Guerrero a la plaza,
Y del soberbio animal
Tiempla la rienda y detiene
Del seco trote el compás.



Transcurren pocos instantes
Y comienzan a llegar
Unos y otros prisioneros
Los del bando virreinal.
Todos ellos cabizbajos
Y silenciosos están;
Guerrero les mira un rato
Y luego con dulce faz,
Les pregunta. "¿A qué han venido?"
Y nadie osa contestar.
Vuelve a preguntar Guerrero,
Y entonces saliendo audaz
Un sargento con despejo
Contesta: "Mi general,
Hemos venido a la fiesta,
A gustar de Chepetlán;

Y venimos con licencia”
 “¿Y nada más?... “Nada más.”
 Vuelve a reinar silencio,
 Afable Guerrero está,
 Y dice con voz pausada:
 “Pues vinisteis a gustar,
 Seguid alegres gustando,
 Que yo os doy la libertad;
 Pero mañana, os lo advierto,
 Que no os halle por acá
 La luz de la madrugada”
 “¡Qué viva mi general!
 Grita entusiasta el sargento:
 “¡Viva...!” Gritan los demás,
 Y alegre sigue la fiesta -
 Que nada vuelve a turbar:
 Y chaquetas e insurgentes
 Siguen con grato solaz,
 Que es una noche de gusto
 Esa noche en Chepetlán.



Después de este paréntesis de sana alegría, vuelve al asedio de Tlapa. El cerro de San Antonio que se levanta a orillas de la población, se ve materialmente erizado de bayonetas que brillan a la luz del sol; son de las fuerzas insurgentes que toman dispositivos para el ataque. En un arrojado desesperado el enemigo pretende escalar la altura para desalojarlos. Pero inútilmente. Lo rechazan y sufre pérdidas considerables.

Por casualidad, cae en manos de Guerrero una comunicación de Armijo, en la que participa al jefe de la plaza, que ya marcha a prestarle auxilio. Guerrero lo espera en el cerro de la Cruz, cuya cima ocupa y fortifica. Los soldados

descansaban, y algunos más confiados, dormían. De improviso se presenta Armijo, y el combate se inicia; es tan rudo y sangriento, que los realistas llegan hasta las trincheras y pelean cuerpo a cuerpo con los insurgentes. Guerrero el indomable, el valiente Juan del Carmen, y la oficialidad, hacen heroica resistencia para contenerlos.

Guerrero, ve un cañón abandonado y se aproxima a prenderle fuego; pero en esos momentos es combatido por unos soldados enemigos: uno le atraviesa el sombrero con la bayoneta; otro lo acomete con fiereza hasta atrincherarlo contra un árbol, en tanto que un tercero le dispara a quemarropa. Pero lo hace tan aprisa y con tal nerviosidad, que sólo consigue herirlo en el labio con el cañón del arma, en tanto que la bala salió sin causarle daño alguno. El momento es angustioso y desesperante. Pero Guerrero no se amilana. Con voz firme y fuerte ordenó a sus compañeros que hicieran uso del arma blanca. Se empeña con mayor saña el combate y los insurgentes atacan enardecidos de coraje y con tal bravura, que el enemigo, a pesar de las ventajas logradas al principio, se desmoraliza, abandona el campo el que deja cubierto de cadáveres, y se dirige a Olinalá obligado por "la bizarría y el desnudo de los insurgentes," según dijo Armijo en el parte oficial que rindió.

Las armas de la libertad se habían cubierto de gloria. La noticia del triunfo llevada por algunos soldados dispersos es conocida en Tlapa, y los sitiados esperan de un momento a otro el asalto. La caída de la plaza es inminente.

Sin pérdida de tiempo, dispone lo necesario para el asalto; reparte comisiones entre los jefes y la oficialidad; observa los movimientos de los sitiados; va de un lugar a otro para cerciorarse personalmente de los elementos con que cuentan las fuerzas que comanda y no se le escapa el menor detalle para asegurar el éxito del combate.

Cuando todo estaba listo, cuando la victoria era inne-

gable, recibe una comunicación del generalísimo Morelos, que se encontraba en Copalillo, en la que le ordenaba marchara inmediatamente a Izúcar, donde se reunirían otras divisiones a fin de atacar a la ciudad de Puebla. Obedece la orden de su jefe, y emprende la caminata. Su deber estaba sobre toda acción militar, por brillante que esta fuera; máxime que en aquellos tiempos los jefes luchaban por disciplinar a las fuerzas insurgentes, pues a menudo los subordinados no acataban las órdenes que recibían, y esto, como es de suponerse, traía confusión y anarquía.

Prisión y Muerte de Morelos

Un suceso lamentable, una desgracia de tremendas consecuencias acaeció por aquellos días: la prisión y la muerte de Morelos; del gran estratega; del gran organizador que supo desde entonces plantear y convertir en leyes muchos de los problemas sociales a los que México ha llegado en su evolución y en sus movimientos revolucionarios posteriores. Morelos dió a la guerra de Independencia orientación eminentemente social, eminentemente económica. El había creado el primer Congreso Nacional en Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813. Tocó a la hoy Capital de nuestro Estado el honor insigne de haber sido escogida por el héroe más grande de la Independencia, para dar cima a su ideal de constituir un cuerpo civil que dirigiera la parte ideológica y legal de la revolución libertaria. Fué en Chilpancingo donde pronunció su célebre discurso de apertura en el que campean los más bellos conceptos de moral social, los cuales han servido de base a nuestra nacionalidad. Fué en nuestra Capital donde pronunció las frases que sintetizaban el anhelo de los mexicanos; donde dijo ante los representantes populares que escuchaban respetuosos y conmovidos: "QUEDAN

ROTAS LAS CADENAS DE LA SERVIDUMBRE EN EL PUEBLO DE CHILPANCINGO, DESPUES DE TRES SIGLOS DE TIRANIA." La plataforma de Morelos contenía interesantísimas sugerencias al Congreso, y entrañan la parte medular de la guerra de Independencia, la parte constructiva e ideológica que deseamos sintetizar:

"La soberanía reside en el pueblo." Los españoles, los conservadores, aceptan el poder de derecho divino; es decir, el que Dios otorga al rey para mandar; éste al virrey, quien a su vez lo delega a los intendentes, etc., etc.

Con respecto al mejoramiento industrial y educativo de México, declara que se admiten únicamente a los mexicanos en los puestos públicos, y entre los extranjeros, SOLO AQUELLOS QUE FUERAN CAPACES DE ENSEÑARNOS E INSTRUIRNOS EN LAS ARTES. Este principio establece un hermoso contraste, ya que el gobierno colonial había prohibido que en los puestos públicos figuraran los criollos, los mestizos, los indígenas, etc. Sobre todo, admira profundamente la clara visión de Morelos en relación con el problema industrial, el técnico, o sea la aplicación de los principios científicos a la producción de artículos, sean estos propiamente industriales o de primera necesidad.

Las naciones del mundo se afanan en la actualidad por producir, y producir lo mejor. La que permanezca a la zaga en la parte práctica y sea tributaria de otros pueblos de vida industrial, perecerá o vivirá una vida de penuria y de miseria.

Establece la abolición de las castas y de la esclavitud y proclama la igualdad entre los hombres los que solo se diferenciarán POR LA VIRTUD O POR EL VICIO.

Prohíbe el monopolio y establece la libertad de comercio, a fin de evitar el acaparamiento por una sola compañía, lo que trae como consecuencia el entronizamiento de la tiranía capitalista. Fija su atención en los impuestos y establece la contribución de un cinco por ciento sobre ganancias.

Propone como fiestas nacionales el 12 de diciembre para honrar a la Virgen de Guadalupe que, desde Atotonilco, servía como bandera a las huestes insurgentes; y el 16 de septiembre, en honor de Hidalgo y de los primeros caudillos de la Independencia.

Pero el asunto principal, es el relativo al problema económico, pues sugiere la necesidad de que el Congreso dicte leyes QUE MODEREN LA OPULENCIA Y LA INDIGENCIA, Y DE TAL SUERTE SE AUMENTE EL JORNAL DEL POBRE, QUE MEJORE SUS COSTUMBRES, ALEJE LA IGNORANCIA, LA RAPIÑA Y EL HURTO. En esta cláusula está contenido todo el programa de reivindicaciones sociales de nuestra Revolución: El reparto equitativo de la riqueza pública, o cuestión agraria; el mejoramiento de los salarios de acuerdo con las necesidades del trabajador, o sea PROBLEMA OBRERO.

El elogio que pudiéramos hacer de Morelos, resultaría pálido, ante la grandeza y la trascendencia de su obra.

Este hombre insigne había caído; pero su mano de sembrador esparció a los cuatro vientos de la tierra mexicana, la simiente de la libertad.

Devoto al Congreso por él establecido, quiso salvarlo de las persecuciones que el realista don Agustín de Iturbide y el Virrey, habían desencadenado contra dicha Corporación. Los diputados acordaron torpemente marchar desde Uruapan, donde residía en aquellos días el Congreso, hasta Tehuacán; torpemente, porque era preciso recorrer ciento cincuenta leguas por caminos infestados de realistas. Para escoltarlo fué designado Morelos, el **Siervo de la Nación**. Salieron del mencionado punto, llegaron a Huetamo, de ahí se encaminaron a las riberas del Mezeala, de donde se dirigieron a Texmalá. Por orden expresa del Gobierno virreinal, ahí los atacó el realista Concha. A pesar de que Morelos pudo haber escapado, no lo hizo y resistió con denuedo

la embestida realista a fin de que los poderes del Gobierno se pusieran a salvo. El combate fué una tremenda derrota para los insurgentes. Morelos huía a pie, pero reconocido por Matías Carranco, un antiguo soldado que había militado a sus órdenes, fué hecho prisionero y conducido a México. Después de un proceso lleno de infamia y de cobardía, se le fusiló en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815.

Disolución del Congreso

Como si esta pérdida no hubiera sido suficiente, don Manuel Mier y Terán, creyéndose árbitro de aquella situación, disolvió el Congreso que había sido escoltado por Guerrero hasta Tehuacán; aprehendió a los diputados así como a los jefes militares que los acompañaron, y estableció un Directorio Ejecutivo, que no llegó a funcionar, porque nadie quiso reconocerlo. Terán, autor del cuartelazo, invitó a Guerrero a que reconociera y apoyara dicho cuerpo; pero don Vicente, fiel a la tradición de respeto a las instituciones, que heredara del Padre Morelos, rechazó indignado la invitación, pues no veía en aquello sino un motín de oficiales en contra DE LA LEGALIDAD.

Marchó sobre Acatlán, donde atacó a don Antonio Flón Conde de la Cadena, a quien refuerza Lamadrid. La acción fué ganada por el héroe insurgente. Flón se le rindió y Guerrero generosamente le dió un abrazo, tanto a él como a sus oficiales y los puso en libertad. Conmovido el jefe realista, solicitó permiso para ir a los parapetos a disponer la rendición de sus fuerzas y la entrega del armamento, lo que consintió Guerrero; pero cuando los rendidos supieron que Lamadrid se aproximaba a auxiliarlos, rompieron nuevamente el fuego contra los libertadores; esta felonía puso en

grave peligro a Guerrero, quien confiado en la palabra de un caballero, permanecía a caballo, solo, en el campo de batalla. Repuesto de la sorpresa, reanudó el ataque hasta dispersar a los españoles, que se pusieron en fuga.

Poco después, en diciembre de 1815, derrotó a Lamadrid nuevamente en Huamuxtitlán.

El Desastre

Sabe que Samaniego conduce un convoy con víveres y elementos de guerra para los defensores de Acatlán. Guerrero ve una buena oportunidad de adquirir pertrechos y alimentos para sus fuerzas. Lo ataca en la Cañada del Naranjo, pero esta vez, la fortuna le fué adversa y sufrió una seria derrota. Hubo numerosos muertos y heridos y el mismo Guerrero se vió en inminente peligro de caer prisionero. Se dirige a la costa y en Azoyú, derrotó a Reguera y a Zavala.

Allí recibió carta de Sesma en la que le participaba el indulto de Terán, y le indicaba que próximamente el Gobierno Virreinal lo invitaría a rendirse.

Profunda Convicción

Con la muerte de Morelos, Matamoros, Mina, y otros insurgentes de significación, la guerra de Independencia parecía vencida. El Virrey Apodaca, cuya bondad contrastaba con las crueldades de Calleja, trata de convencer a Guerrero para que acepte el indulto. El padre de éste, don Pedro, militaba en las fuerzas realistas y aún llegó a combatir contra los efectivos que mandaba su propio hijo. Esta tragedia es frecuente en nuestras luchas: los hijos, leales a su

tiempo, son revolucionarios, y militan en bandos opuestos en los que se encuentran los padres conservadores.

A él se confió la misión de ofrecer el indulto a Guerrero. En efecto, llegó al campamento de éste, y de rodillas, según lo han pintado los artistas del color, y refiriendo la tradición, le suplicó con lágrimas en los ojos, que abandonara la causa de la Independencia, que era un asunto dudoso y difícil de realizar, puesto que el gobierno virreinal, contaba con abundantes elementos. Le habló de los insurgentes que se habían rendido y de otros que estaban en vísperas de hacerlo. Tocó la fibra del sentimiento a Guerrero, díjole de las prendas más caras al corazón humano, de su esposa la abnegada doña Guadalupe Hernández que en bárbaras represalias estaba prisionera, y del abandono de su hija Dolores. En cambio, le ofrecía riquezas, honores y toda clase de garantías si deponía las armas y aceptaba el indulto.

Sereno, inmovible, Guerrero escuchó a su padre y para dar un ejemplo de su convicción y de su fe en la causa que defendía, a los soldados que presenciaban la escena, se dirigió a ellos y les dijo: "Compañeros, este anciano venerable es mi padre, viene en nombre del Virrey a ofrecerme empleos, dinero, gloria, si me rindo. Pero antes que los honores, antes que mi esposa y que mi hija a quienes idolatro, antes que mi padre a quien respeto, está la independencia de mi patria".

Es este un bello ejemplo, digno de ser imitado por la juventud, pues Guerrero puso de manifiesto la excelcitud a que puede elevarse el alma humana movida por un ideal, si desprecia la parte puramente biológica, la material, la de las ganancias, y se sustantiva, si se manifiesta en su esencia y se realiza plenamente. Admiramos la valentía incomparable de nuestro caudillo, los medios estratégicos de que se valió para vencer a de la Peña en el cerro de Papalotla,

a Combé en Tlalixtaquilla, a Lamadrid en Xonacatlán; pero sentimos orgullo al verlo despreciar el indulto que se le ofrece aunque sea su mismo padre quien lleve la embajada.

Sitio del Campo de Xonacatlán

Es una cumbre solitaria de tierra árida y hostil, que se eleva cerca de dicho pueblo y cierra hacia el Norte al vallecillo de Alcozauca, lugar estratégico a cuya base corre el río salado y ofrece sólo dos entradas: una por un camino angosto que da a Tlalixtaquilla y otra hacia el pueblo del que recibe el nombre. A la ventaja de estar rodeado de abismos, une la de su considerable altura que permite otear a los cuatro vientos. Vastos horizontes para descubrir la posibilidad de un peligro...!

Este cerro fué uno de los preferidos de Guerrero, pues allí tuvo su cuartel general. Cuando se veía abandonado de los malos patriotas, cuando necesitaba de elementos o planear nuevos ataques, se retiraba como a un lugar de refugio al CAMPO DE XONACATLAN.

Ante su entereza y en vista del fracaso de las negociaciones de indulto, el gobierno virreinal ocurrió a las armas para someterlo.

El 29 de febrero de 1817 hicieron una concentración de fuerzas los jefes Lamadrid y Samaniego, y con un efectivo de dos mil hombres, sin contar con los refuerzos que venían de Costa Chica, se dispusieron para atacarlo.

El primero se situó en el paraje de Guajolotitlán, ya en la base del cerro en cuya cima estaban atrincherados los insurgentes, y el segundo, o sea Samaniego, que venía desde Huajuapán, estableció su cuartel en la cuadrilla de Ampileca, jurisdicción de Alcozauca. Los soldados de la libertad han trabajado día y noche en la construcción de fortines,

han emplazado sus cañones y esperan de un momento a otro el ataque... El coronel Juan del Carmen, Comandante del fuerte, pues Guerrero salió a impedir la llegada de refuerzos a los sitiadores, observó que de Amapilca salía un grupo de hombres a explorar el terreno en busca de alguna vereda, a fin de escalar la altura. Cuando se aproximaban, una guerrilla de treinta soldados abandonó las trincheras y el ataque se inició. Fué tan encarnizado, que Samaniego reforzó a los suyos con ochenta hombres y del Carmen se puso también a la cabeza de sus fuerzas. Nuevos contingentes de una y de otra parte se unen a los combatientes y la lucha es a muerte. Truena el cañón del fuerte y hace destrozos en las filas realistas. Los independientes pelean con bravura, pero el enemigo es superior no sólo en hombres sino en municiones y elementos bélicos. El machete costeño blandido con maestría por los fieros surianos, brilla y cae sobre los realistas, cuando el parque se ha agotado.

En lo más recio del combate, se esparció una desconsoladora noticia entre los sitiados: El coronel Juan del Carmen, el bravo insurgente ha, muerto. La pérdida es irreparable, se trata del segundo en jefe de las fuerzas surianas. No obstante esto, no se rinden y la defensa del fuerte continúa.

El enemigo hace un movimiento de circunvalación, va estrechando el cerco y la vida de los insurgentes se hace más difícil porque el agua que hay en el interior es poca, escasea y es preciso tomarla en ración limitada. Para adquirirla fuera de las trincheras, deben disputarla a Samaniego y a Lamadrid que se han posesionado del aguaje principal. Proveerse del líquido era asunto de vida o de muerte para los defensores del campo y con la desesperación del sediento aumentada por el calor tropical del lugar, por el reverberar de un sol de fuego, se la disputan a los realistas, quienes habían construído parapetos para evitar la llegada de aquellos. ¡La lucha no admite tregua! Más tardaban los realistas en levan-

tar sus trincheras, que el fuego de la artillería insurgente en derribarlas. No sólo cuidan el agua con tezhón, sino que su saña llega a la infamia de arrojar en ella perros muertos, cadáveres humanos y toda clase de inmundicias. ¡Cuántas veces los denodados nacionalistas tuvieron que beber el agua mezclada con sangre...!

Por todas partes están rodeados de enemigos y es difícil salir a adquirir víveres que les faltan. La sed y el hambre hacen más víctimas que las mismas balas realistas. Pero lo más grave es la carencia absoluta de municiones. Tienen abundante pólvora, pero no queda un solo pedazo de plomo. La necesidad hace que empleen fragmentos de hierro y de cobre simulando balas.

Los jefes realistas se dan cuenta de la angustiosa situación de los sitiados y ofrecen a éstos el indulto siempre que depongan las armas. ¡Altivos y dignos, rechazan el perdón, porque ellos no son criminales! Son defensores de la patria, supremo derecho de los hombres libres. El espíritu de Cuauh-témoc se cernía sobre la cima del campo de Xonacatlán.

La matanza en las filas rebeldes ha sido considerable, a tal grado, que sólo quedan defendiendo las trincheras unos ciento cincuenta hombres, que más que soldados parecen fantasmas. Humanamente era imposible permanecer un solo día más en el campo, y el 25 de abril rompieron el sitio. Por un barranco escaparon cuando la obscuridad de la noche era más densa; pero sentidos por el realista don Antonio León, de Huajuapam, los persiguió y les dió alcance: mató a varios e hizo muchos prisioneros. Sólo el jefe Galván con algunos soldados logró ponerse a salvo y fueron los supervivientes de aquella sangrienta jornada.

Dolorosa Escena

Hambrientos, miserables, con la ropa desgarrada y el rostro ennegrecido por el humo de la batalla, marchan, o mejor dicho, huyen entre la escabrosidad de la selva y las quiebras de la montaña, en busca de Guerrero. Han caminado cuatro días cuando logran encontrarse en plena sierra con su jefe. Al verlo se arrojan en tierra y conmovidos hasta las lágrimas, le dan cuenta del desastre de aquel desgraciado sitio. Le contaron todo cuanto en la defensa sufrieron, sus privaciones y sacrificios, y la sentida muerte del coronel Juan del Carmen, amigo leal e inseparable de Guerrero. Este venía contrariado porque al pretender atacar a los realistas que de Ometepec y de Jamiltepec venían a reforzar a Samaniego, el capitán Panuncio lo traicionó pasándose a las fuerzas enemigas.

Pero era hombre de fe, no se acobardó, y se dispuso a la defensa. Reorganiza su mermada gente y espera. En el paraje llamado "LA CALAVERA", fué atacado por fuerzas en las que se encontraban varios de sus antiguos compañeros de armas que lo habían traicionado sumándose a los realistas. El conocimiento que tales individuos tenían del terreno, hizo fácil la derrota de Guerrero.

Informa a la Junta de Jaujilla

Su estrella parecía declinar y optó por dejar aquella zona y marchar al pueblo de Ajuchitlán. De allí rindió un interesante informe a la Junta de Jaujilla, corporación que substituyó al Congreso disuelto en Tehuacán. "No puedo significar el regocijo" dice, "que en medio de mis tribulaciones tuve cuando fuí instruido por este jefe" (se refiere a don Nicolás Bravo) "de que tenemos ya un gobierno es-

tablecido bajo el sistema Republicano que apetecemos todos y de cuya dirección necesitamos para poner término a los males que nos afligen”.

Después de dar cuenta del sitio de Xonacatlán y de sus intentos de conferenciar con Victoria en Veracruz, para hacerse de parque y recoger las armas que había comprado, pide le sea reconocida la Jefatura del Sur que le confiaron en 1816 las fuerzas insurgentes. “Mi solicitud, dice, no es movida por la ambición de la gloria de mandar, sino por sentimientos patrióticos que me animan a continuar mi carrera hasta sacrificarme en las aras de mi Patria; pero si eso no fuere asequible, seré conforme con su resolución, y de cualquiera forma cuente V. E. con que mi persona y mi tropa estará a su disposición, pues no he aspirado a otra cosa que al restablecimiento del orden y gobierno a quien protesto mi ciega obediencia y en todo tiempo daré prueba de mi subordinación. Puedo asegurar a V. E. que luego que se me dió noticia de la creación de esa corporación, no vacilé ni un momento en ponerme bajo sus órdenes lleno de alegría”.

Por las frases anteriores, puede apreciarse el respeto de Guerrero por las instituciones como lo tuviera el Generalísimo Morelos; al solicitar el reconocimiento de la Junta, del grado que le confirieron sus compañeros, subordina la fuerza militar al poder civil. Al ser designado General en Jefe, hubo fiestas para celebrar este acontecimiento. En la población de Alcozauca recogimos la tradición de que agradecido don Vicente por los servicios que los indígenas de Xonacatlán le habían prestado, y en vista de que carecían de tierras para sus siembras, los dotó de ejidos que aún conservan, y en ocasión de su ascenso fué uno de los números de los festejos populares.

En el informe que comentamos, tuvo la intuición de afirmar que el sistema republicano era el que convenía a México, el cual consideraba como más eficaz para poner tér-

mino a una angustiosa situación. Explica su separación de aquella zona, del entonces sur de Puebla, en la que ha distribuido quinientos hombres en varias guerrillas a fin de que persigan sin descanso al enemigo.

En Plena Lucha

En Ajuchitlán, opera en combinación con Bravo. Acampan en el cerro del Aguila y se fortifican. Hasta allá los persigue Armijo; pero al ver lo escabroso del sitio optó por dirigirse a Teloloapam. Al tener Guerrero noticias de que el realista Ruiz había tomado Huetamo, marchó con Bravo a posesionarse de Tlalchapa para facilitar el ataque; pero el mencionado jefe no les hizo frente y se replegó a Zitácuaro.

Los realistas los persiguen tenazmente y se fortifican los mencionados caudillos en la Sierra de Dolores, donde los acomete Armijo. Como consecuencia de este encuentro sufrieron una derrota que pudo ser fatal para la Independencia, pues tanto don Nicolás Bravo, como los jefes Talavera y Vázquez, fueron hechos prisioneros; sólo Guerrero y Elizalde lograron escapar.

Fué éste uno de los momentos más difíciles para Guerrero, quien al verse solo y perseguido muy de cerca por sus enemigos, tuvo que huir. El mismo refirió a Bustamante que en estas aflictivas circunstancias se ocultó en el centro de la sierra, en la casa de una mujer que allí vivía, la cual le dió alojamiento y lo armó con una cuchilla vieja y con un trabuco, o sea una escopeta corta. Además, le facilitó pólvora y dos arrobas de balas. Con estos "elementos", inició de nueva cuenta la lucha. Pronto se le unieron dos muchachos: un tambor y un corneta, a quienes armó con dos malas lanzas que hizo con la cuchilla que había adquirido.

Después de penalidades sin cuento, logró incorporarse

a las fuerzas de Montes de Oca que se encontraban en Cuahuayutla, de donde se dirigió a San Jerónimo. El cuatro de marzo de 1818 derrotó en Cupándiro a Ignacio Ocampo. Y después de la toma del fuerte de Jaujilla, fué proclamado General en Jefe de las fuerzas del Sur. Con este carácter, se dedicó a organizar las partidas dispersas y a dar unidad a la campaña.

Una serie de contratiempos se le presentaron: descubre una conspiración y fusila a los traidores; está a punto de caer prisionero y se salva gracias a una barquilla que encontró en las márgenes del Balsas. De este modo logró burlarse de Armijo. En los momentos en los que parecía perdido, en horas de angustia, siempre sabía encontrar supremos recursos para ponerse a salvo... Su actividad, su valor, su arrojo y su constancia, hacían que de los mismos fracasos sacara fuerzas para continuar la campaña y a ella volvía con mayor brío.

Pasados algunos días tiene ya numerosos soldados, el que se vió en Costa Grande con sólo cinco hombres; el que vagaba solo en el corazón de la sierra, el que se ocultó en el bosque para no caer en manos de sus enemigos, está al frente de valiosos contingentes; pero carece de parque y de armas. Para hacerse de recursos, marcha a Cuahuayutla a donde llegó después de penosa caminata en la que tuvo que vadear profundos barrancos y ascender por montañas que parecían inaccesibles. Allí recibe la valiosa cooperación de los vecinos, quienes, como en el caso de Atlamajalcingo, le proporcionan las campanas de la iglesia para que fabricara cañones, en tanto que las mujeres se dedicaron gustosas a la fabricación de pólvora. Pusieron todo su entusiasmo y su interés por la causa, y en poco tiempo Guerrero contó con abundantes pertrechos de guerra con los cuales dotó a las partidas que carecían de ellos, y estableció una maestranza.

El 15 de septiembre de 1818 atacó y venció a su implacable enemigo, a Armijo, y con una columna de mil ochocientos hombres vence en Zirándaro. Su gran preocupación es contar con un gobierno, con un centro coordinador; reúne a los dispersos miembros de la Junta de Jaujilla y exalta este Poder Civil nuevamente.

Y los triunfos continúan... Derrota a los realistas en Ajuchitlán después de cuatro días de combate; se ve victorioso en Coyuca, en Santa Fe, en Tetela del Río, en Tamo, en Cutzamala, en Tlalchapa y en Cuauilotitlán. Envía a Montes de Oca a Acapulco con setecientos hombres, y a Bedolla con igual número para que marche a Valladolid, en tanto que él, Guerrero, se dirigió a Chilapa. Es tal su actividad y la de sus compañeros, que en el mes de enero de 1819, triunfaron en veinte encuentros. Su fe lo ha hecho dueño de la situación y las divisiones bajo su mando le dan el dominio de una vasta zona que se extiende desde tierra caliente hasta Colima.

Refiere Altamirano, que en cierta ocasión, el Presidente don Benito Juárez, le mostró en el Palacio del Gobierno de San Luis Potosí, un retrato del general Vicente Guerrero e hizo el siguiente elogio: "Este es el hombre de la constancia y de la abnegación". Frases en las que el ilustre Patriota sintetizó el elogio más hermoso al valiente soldado de la Libertad.

Guerrero e Iturbide

No obstante los éxitos indiscutibles de Guerrero, sólo él conservaba vivo el fuego de la Independencia en las montañas del Sur. A su lado militaba el indio Pedro Ascencio de Alquisiras, soldado aguerrido, cuyo nombre debe figurar entre los más prestigiados de los insurgentes. Muchos caudillos

habían muerto, estaban prisioneros otros y se habían indultado los más.

Por otra parte, la opinión pública anhelaba la Independencia: unos por convicción y muchos por conveniencia, pues el largo período de anarquía dificultaba la vida. Un suceso importante sirvió para precipitar los acontecimientos y fué: la restauración en España de la Constitución que en muchos puntos era avanzada y liberal. La vigencia de este código disgustó profundamente a la clase conservadora de la Colonia y buscó los medios para asegurar sus intereses y su hegemonía política en México. La Nueva España "podía ser libre"; y esto, que se había juzgado como traición y como una herejía, se aceptaba, "siempre que la nueva nación se conservara para el servicio del rey y gloria de la religión. Conspiraron a espaldas del virrey y fraguaron un plan para ofrecer el trono de México a Fernando VII; consistía en poner a las órdenes de un militar valiente y leal, tropas suficientes que acabaran con los rebeldes surianos que mandaba Guerrero. Vencido éste, se proclamaría la Independencia. Personas influyentes lograron que el antiguo realista don Agustín de Iturbide, fuera nombrado por el Virrey Apodaca, Comandante General del Sur, en substitución de Armijo (9 de noviembre de 1820. Iturbide vivía retirado del servicio militar; por malos manejos de fondos y por los medios ilícitos que puso en juego para lograrlos, se le había quitado el mando del batallón de Celaya. Este fué el hombre de los conservadores. Después de unos ejercicios espirituales a los que asistió en el templo de la Profesa de México, salió rumbo al Sur.

Creía la cosa más sencilla acabar con Guerrero, pues en un oficio que dirigió al Virrey, decía: "Apenas pensarán Guerrero y Pedro Ascencio en los medios para huír o sostenerse en los ventajosos puntos que tienen fortificados; quizás nada les saldrá conforme a sus deseos". Pero los hechos

fueron otros: Alquisiras derrotó la retaguardia de los iturbidistas en el cerro de San Vicente cuando marchaban de Teololoapan a Temascaltepec; Guerrero infligió tremenda derrota cerca de Chichihualco en la Cueva del Diablo, al realista Berdejo, y Moya fué derrotado en la línea de Acapulco. Torres a su vez lo era en el camino de Totomoloya.

Ante la resistencia de los jefes surianos, Iturbide cambió de táctica. Taimado y maquiavélico, dirigió una carta a Guerrero en la que le sugería aplazara las hostilidades y se pusiera a las órdenes del Gobierno. Le ofrecía en cambio confirmarlo en el mando de sus fuerzas. Basaba esta petición en el hecho de que los representantes al Congreso de la Península conseguirían lo que conviniera a México. Decía, que las pequeñas ventajas logradas por los insurgentes no lo inquietaban, pues tenía fuerzas suficientes. Terminaba invitándolo para que enviara persona de su confianza que pudiera conferenciar con él en Chilpancingo, hacia donde se dirigía.

Guerrero, que desoyó a su mismo padre, rechazó la invitación. Le manifestaba que su decisión era seguir defendiendo la causa de la independencia HASTA MORIR O ALCANZAR LA VICTORIA; que él no se dejaría engañar por los constitucionalistas españoles, cuyos sentimientos eran los mismos que los de los realistas. Juzgaba a Iturbide como un equivocado enemigo de los insurgentes, que no había perdonado medios para asegurar la esclavitud; le decía que había obrado mal, siendo que su deber lo encaminaba a empresas más dignas de la patria. "Entienda usted" escribía, "que yo no soy el que quiere dictar leyes, ni pretende ser tirano de mis semejantes: decídase usted por los verdaderos intereses de la nación y entonces tendrá la satisfacción de verme militar a sus órdenes y conocerá a un hombre desprendido de la ambición e interés, que sólo aspira a sustraerse de la opresión y no la de elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas". Considera degradante aceptar el indulto que le ofrecía

el gobierno del que sería contrario hasta el último aliento de su vida. Su única divisa, afirma, es: LIBERTAD, INDEPENDENCIA O MUERTE.

La carta que hemos glosado es un hermoso documento que honra a Guerrero. En ella vemos su profunda convicción, su inquebrantable fe en la Independencia de México, su desinterés y su ideal democrático de servir a la nación. No pretende dictar leyes ni convertirse en tirano.

Nuevas cartas se cambian los dos jefes; pero Guerrero, campesino humilde, sencillo, desconocía las complejidades y los bajos fondos de la política, pues carecía de cultura en absoluto; asegúrase que antes de la revolución no sabía leer ni escribir. En tanto que Iturbide era hombre inteligente, versado en estudios de literatura clásica, orador brillante y persuasivo, de finas y distinguidas maneras. El mismo Bolívar, el insigne libertador de Sur América, lo tenía en gran concepto. En una carta dirigida a Riva Agüero, le decía: "Bonaparte en Europa e Iturbide en América: He aquí a los dos hombres más extraordinarios que la historia moderna puede ofrecer". Le fué fácil embaucar a Guerrero y atraparlo en la red finísima de su dialéctica, ya que no lo pudo dominar con las armas. Cuenta la tradición que convencido Guerrero se dió cita con Iturbide en Acatempan, donde mediante un abrazo sellaron el pacto en el que se comprometían a hacer la independencia de México.

Como resultado del advenimiento entre los dos ejércitos, el insurgente y el realista, se celebró una junta de oficiales en la ciudad de Iguala el 1º de marzo de 1821. Habló Iturbide y manifestó: que la Independencia de la Nueva España estaba en el orden inalterable de la naturaleza y que a ella conspiraban la opinión y los deseos de las provincias. Hizo notar que contaba con el robusto apoyo del general Guerrero, quien decidido a cooperar a "mis patrióticas intenciones" de-

cía, me ha determinado irresistiblemente a promover el plan que llevo indicado.

Los asistentes se adhirieron a los deseos de Iturbide, y le ofrecieron el grado de Teniente General; pero no aceptó y pidió le llamaran Primer Jefe. Al día siguiente, fué jurada la Independencia y las fuerzas desfilaron bajo la bandera de las tres garantías simbolizadas en los colores verde, blanco y colorado; desde entonces, emblema bendito de la patria. Refiérese que en este acto Iturbide se declaró simple compañero de los soldados y en un gesto de marcada comicidad, se arrancó los galones de coronel que ostentaba y los arrojó al suelo...

Músicas, dianas, repiques y vivas, alegraron aquel día memorable.

La Revolución Desvirtuada

La intervención de Iturbide se considera como desfavorable para la causa de la Independencia, pues tanto Guerrero como los demás caudillos, fueron sorprendidos y burlados. Iturbide, enemigo jurado de los insurgentes, estaba muy lejos de comprender y de aceptar la ideología del Gran Morelos, encaminada al positivo mejoramiento de las clases humildes. Los móviles que lo guiaron han sido ya expuestos: fué el defensor de los intereses realistas.

Guerrero, hizo público su deseo por el establecimiento de la República; en sus filas militaban los peones de las haciendas, los indígenas que sólo conocían la vida por el lado del dolor y del sufrimiento, los desheredados que según afirma un pensador, veían en el español, al representante de la mina oscura, de la hacienda que agotaba sus fuerzas y del comercio que después de abrumar sus espaldas en los caminos, los explotaba en la tienda de raya. Guerrero quería al

igual que Morelos, un gobierno más humano y la verdadera libertad para los mexicanos.

Iturbide que había simulado modestia y desinterés en Iguala, pronto se convirtió en un dictador. La voz del cuartel representada por Pío Marcha, su antiguo subordinado, lo proclamó Emperador y él, obligó a la Cámara de Diputados a que sancionará dicha proclamación.

Sus partidarios tratan de justificarlo porque consideraban a la naciente patria como incapacitada para pasar de un largo período de tiranía al régimen republicano. Pero la misma incapacidad que existía para la República, existía también para la Monarquía. Los mexicanos habían sido mandados por los españoles, quienes siempre cuidaron de alejarlos de los puestos públicos. Baste citar las célebres palabras del Virrey Marqués de Croix, quien afirmaba que los mexicanos "habían nacido para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno. Se han citado las frases de Iturbide inspiradas en el viejo apotegema: "**La naturaleza no procede por saltos**", como un descargo a su ambición desmedida. Error conocidísimo que historiadores y filósofos contemporáneos desmienten y combaten.

Iturbide además, despreciaba a los insurgentes, a quienes dejó al margen de la cosa pública. Expidió un decreto en el que sólo reconocía los servicios prestados a partir del plan de Iguala. ¿Acaso no se opuso a que fuera declarado día nacional el 16 de septiembre?

Rebelión de Guerrero

Pronto la oposición se dejó sentir en la Cámara, y los que lo habían apoyado se rebelaron contra él. De éstos fué el general Vicente Guerrero que en compañía de Bravo marchó a las montañas del Sur, como en los días gloriosos de la in-

surgencia. En Chilapa lanzaron un manifiesto en el que decían: "La restitución de los derechos de la libertad de la nación que con escándalo del mundo ha usurpado don Agustín de Iturbide, es lo que perseguimos. Penetrados de los clamores con que la Nación reclama y suspira por su libertad, tenemos hoy la noble osadía de negar obediencia al que se nombra Emperador, porque ha faltado a sus compromisos, nulo como es el acto y forma de su proclamación, no estamos dispuestos a sostenerlo".

Las fuerzas iturbidistas los atacaron y fueron derrotados en Almolonga. En este combate recibió Guerrero una herida en el pecho la cual le ocasionó abundante hemorragia y lo hizo sufrir horriblemente. Santa Anna, se había levantado en Veracruz con el plan de Casa Mata. Los generales amigos del Emperador que habían salido a combatir al citado general, se unieron a él. Abatido y decepcionado, abdicó Iturbide. La Cámara, a la que había reunido después del golpe de estado, no aceptó la abdicación; lo declaró usurpador y lo desterró. Más tarde, acabó trágicamente en Padilla.

Triunfo de la República

Había sido derrocado el imperio con la caída de Iturbide y la República iba a surgir. Al triunfo del movimiento armado, Guerrero fué ascendido a General de División y formó parte del Poder Ejecutivo que gobernó hasta que el antiguo insurgente don Guadalupe Victoria, fué electo Presidente. Dos brotes rebeldes fueron sofocados por Guerrero, el de Cuernavaca y el de Puebla.

El general suriano, en desagravio de la humillación en la que se le había tenido, fué declarado BENEMERITO DE LA PATRIA. La justicia popular se imponía al fin, y concedía el más alto honor a un hijo predilecto de México.

Guerrero, Político

Por aquella época la política se complicó por la participación activa que en los asuntos del país tomaron las logias masónicas. Guerrero pertenecía a los yorkinos que presidía Poinsett, Ministro de los E. U. y Bravo a los escoceses. Los primeros eran radicales y moderados los segundos. Como los españoles no cejaran en sus propósitos de adueñarse de la Capital y dominarla, se inició una era de persecuciones contra éstos y fueron muchos los expulsados. Bravo, a pesar de su carácter de Vicepresidente, se sublevó contra el gobierno. Exigía la expulsión del Ministro Poinsett y la destitución de los miembros del gabinete. Lo atacó Guerrero en defensa de la legalidad y lo derrotó en Tulancingo. Estos dos contrarios, compañeros de luchas, estaban distanciados ya por odios políticos. Dícese que Guerrero violó un armisticio pactado con Bravo, el que al fin fué desterrado.

Llegó la época de verificar nuevas elecciones presidenciales. Figuraron como candidatos el iturbidista don Manuel Gómez Pedraza, sostenido por los conservadores, y Guerrero por los rojos. Entonces hacían la elección las legislaturas de los Estados, y de éstas sufragaron once por Pedraza y nueve por Guerrero. Los guerreristas no reconocieron el resultado electoral y se levantaron en armas. El inquieto Santa Anna inició los desórdenes y Guerrero cometió el error de unirse a él. Al triunfo, la plebe de la Capital, se entregó al saqueo de los comercios del Parián, y aunque Guerrero fué extraño por completo a este abuso, el hecho le restó simpatías y sus partidarios fueron conocidos con el mote de "parianistas".

El general Victoria, obligado por el golpe de la Acordada que dió Zavala, gobernador rebelde del Estado de México, que trajo como consecuencia los desórdenes mencionados, cambió su gabinete y Guerrero fué Ministro de la Guerra.

En tanto el Congreso que había reconocido el triunfo de Pedraza, no aceptó la renuncia de éste, declaró nula la elección y sancionó el levantamiento de Guerrero. Pedraza huyó al extranjero.

Guerrero, Presidente de la República

Deploramos que Guerrero hubiera llegado a la presidencia por medios violentos, pues aunque su contrincante era un conservador, había triunfado legalmente. Negar la responsabilidad de Guerrero en este acto sería pueril y faltaríamos a la honradez política. Los movimientos armados en nuestro país, con frecuencia se confunden con el bien social en la lucha ideológica, pero éste fué un mal precedente.

Nosotros, no debemos ver en Guerrero a un semidiós, sino a un hombre glorioso como insurgente y con sus caídas dolorosas como político. Desconocedor de los hombres perversos, pues según refieren los historiadores, "amaba a la clase indígena a la que pertenecía, y este afecto e inclinación, lo hacían huír de las gentes civilizadas en las que no encontraba atractivo, porque su amor propio se sentía humillado delante de las personas que podían advertir los defectos de su educación, los errores de lenguaje, etc.", menos podía conocer los vericuetos e intrigas de la política y fué víctima de compromisos sectarios y de los excesos a que se entregaron sus amigos y partidarios en su administración. Vino por esto un desbarajuste en la hacienda pública, y ya sabemos que los burócratas sólo son leales cuando las arcas del tesoro están repletas. Si a lo anterior agregamos las leyes de expulsión contra los españoles que en su tiempo se expidieron, encontraremos los motivos para una nueva revuelta.

Durante su gobierno tuvo lugar un notable acontecimiento: La derrota de Barradas, quien autorizado torpemen-

te por el gobierno de Madrid, intentaba reconquistar a México. Desembarcó en Cabo Rojo y fué rudamente atacado y vencido por Santa Anna y don Manuel Mier y Terán. Fué un paréntesis a los odios políticos y el suceso llenó de alegría a todos. La nacionalidad se reafirmaba.

Pronunciamiento

Los pronunciamientos contra el gobierno republicano se sucedían como en la época de Iturbide. Tenía el gobierno de Jalapa un ejército llamado de reserva, para hacerle frente a una nueva invasión; a la cabeza de él se encontraba el antiguo realista don Anastasio Bustamante, a la sazón vicepresidente de la República. Se sublevó contra Guerrero quien abandonó la capital y marchó al Sur.

El hecho de que el vicepresidente fuera el que encabezaba el cuartelazo aprovechándose de las fuerzas que para defensa de la patria se habían confiado a su custodia, nos da idea del estado de disolución social que reinaba en México.

El Congreso faltó en absoluto de escrúpulos, con la misma inconsciencia política con que desconoció a Gómez Pedraza, nulificó a Guerrero y lo declaró incapacitado para gobernar. Sólo la voz apocalíptica de don Andrés Quintana Roo hizo oír su defensa y su protesta desde la tribuna del parlamento.

La Tragedia

Guerrero en el Sur se rebeló contra la administración de Bustamante. Armijo salió a atacarlo y fué muerto en Texca. Bravo fué comisionado para continuar la persecución y aunque había sido indultado por Guerrero el 16 de septiembre de 1829, cuando estaba desterrado, la pasión y el odio político lo cegaron. Guerrero sostuvo la rebeldía todo el año de

1830 y Bustamante veía en él una amenaza y una bandera de lucha. Para acabarlo, se valió de un marino genovés llamado Francisco Picaluga, quien sirvió de instrumento para cometer una de las más negras traiciones que registra la historia; al efecto, éste vendió al Gobierno en cincuenta mil pesos el bergantín "Colombo" y se comprometió a entregar a Guerrero con quien tenía relaciones de amistad. Para este fin lo invitó a principios de enero de 1831 a una comida de carácter íntimo a bordo de dicha embarcación; allí fué aprehendido por el traidor, el cual se dió a la vela y lo condujo a Huatulco, donde lo entregó al Capitán gobiernista Miguel González, que a su vez, lo llevó a Oaxaca para ser juzgado por un consejo de guerra.

La responsabilidad pesa sobre Bustamante y sus ministros; Facio, de Guerra; Alamán, de Relaciones; Espinosa, de Justicia, y Mangino, de Hacienda. Estos fueron encausados en 1833. Mangino y Espinosa se presentaron a contestar los cargos y fueron absueltos. No así Facio que huyó a Francia y Alamán que se ocultó. Especialmente los dos últimos han sido señalados como los autores intelectuales del crimen. Alamán historiador apasionado, siempre dió pruebas de su odio en contra de los insurgentes y a Guerrero lo veía con sumo desprecio. Por otra parte, tenía gran ascendiente sobre Bustamante, a quien conceptuaba como irresoluto e indeciso para lo que no fuera atacar al enemigo en el campo de batalla. Necesita, decía, algún impulso ageno que lo arroje.

El proceso fué indebido, pues Guerrero tenía aún su carácter de Presidente y por lo mismo no podía ser juzgado por un tribunal militar. No obstante, fué condenado a muerte y pasado por las armas en Cuilapa, (Oax.), el 14 de febrero de 1831.

El acta de la ejecución dice textualmente:

"En el pueblo de Cuilapa, a los 14 días del mes de febrero de 1831.—Yo el infrascrito secretario doy fe: Que en vir-

tud de la sentencia de ser pasado por las armas, dada por el Consejo de Oficiales a Vicente Guerrero y aprobada por el Sr. Comandante General del Estado de Oaxaca, se le condujo en buena custodia dicho día al costado del curato del expresado pueblo y en donde se hallaba el comandante de la sección que cuidaba de la seguridad del reo, capitán D. Miguel González, juez fiscal que ha sido en esta causa y estaban formadas las tropas para la ejecución de la sentencia; y habiéndose publicado el bando que merecía la ordenanza y leída la sentencia por mí al reo en alta voz, puesto de rodillas se pasó por las armas a dicho Vicente Guerrero y luego se lo llevaron a enterrar a la Iglesia del curato de dicho pueblo, precediendo antes de darle sepultura, la misa que se le mandó decir por su alma; y para que conste por diligencia lo firma el presente.—Secretario, Condelle.—Juan Ricoy.”

EPILOGO

Así acabó el glorioso insurgente, el paladín de nuestra libertad, el héroe ejemplar de constancia y de fe. La infamia de sus enemigos le negó hasta el grado de general que había ganado en los campos de batalla; a esto y a más pudo conducirlos su iniquidad, pero nunca podrán borrar de la historia el nombre de Vicente Guerrero como encarnación genuina de la Independencia de México.

El ritmo de nuestras luchas sociales se caracteriza por la pugna de dos tendencias: la conservadora y la revolucionaria. En la primera militaron los virreyes, los realistas, los callejas, los retardatarios, y tiene como exponente a Iturbide; y en la segunda vivieron y alentaron Xicotencatl, Cuauh-témoc, Hidalgo, Morelos, Guerrero y todos los caudillos de la insurgencia. El Padre de la Patria inició una revolución

política, que en el fondo, en sus vagas tendencias, era eminentemente social, económica. Morelos la caracterizó mejor con sus proclamas, discursos, decretos, etc., y Guerrero, pese a la legión conservadora que ha querido empañar sus blasones, fué el continuador de esa magna revolución en las cordilleras del Sur.

Han transcurrido cien años desde que fué asesinado en Cuilapa; pero a pesar de esta larga centuria, no podemos repetir la frase homérica: "Bien muerto está". No, él vive y su espíritu alienta en el alma de las generaciones que tienen fe en el ideal y en la redención del pueblo por su propio esfuerzo. Fué un romántico enamorado de la Independencia y su ejemplo y su vida de sacrificio perdurarán. Vive como Héroe.

Aquel campesino ignorado que naciera en la dulce Tixtla, el arriero que recorría caminos de sol a sol, el indígena que inicia su carrera militar como soldado raso en las huestes de Galeana, ascendió hasta General de División. El desconocido, el que no aprendió a leer en las escuelas, se impuso por su carácter férreo, y sus conciudadanos lo consagraron como Benemérito de la Patria. Se lamentan los historiadores de que Guerrero hubiera carecido de instrucción. Creemos que si la hubiera tenido, si se hubiera educado en un instituto o en alguna Universidad, no hubiera sido esa fuerza cósmica, ese torrente arrollador de la naturaleza, esa alma sin desbastar que conservó la energía virgen con la que dominó y se sobrepuso a todas las limitaciones del hombre de escuela, del "definidor".

Las derrotas que parcialmente sufrió, no lo desanimaron. No lo acobardaron; por el contrario, le sirvieron de acicate y de estímulo: deja Xonacatlán y conquista la tierra caliente para la causa de la libertad; es vencido en su propio terreno, y triunfa en Coyuca, en Ajuchitlán, en Tamo, en cien

plazas más. La escasez de elementos no lo decepciona. Cuando no tuvo plomo para municiones hizo cortadillos de hierro y de cobre; fundió los tubos de los órganos para hacer balas y con las campanas de los templos cristianos fabricó cañones.

Cuando todos dudaban, él creía; cuando todos vacilaban, él afirmaba; él confió y esperó. Ni la pobreza, ni la traición, ni la deslealtad, ni el afecto paterno, fueron capaces de apartarlo de la senda del deber.

Al tener noticias de que Sesma, los Terán y otros, se habían rendido, no se desalentó, no siguió el ejemplo de ellos y al indulto que le ofreciera Iturbide, contesta con virilidad espartana: INDEPENDENCIA, LIBERTAD O MUERTE.

El ilustre Altamirano que lo admiró devotamente, decía de Guerrero: "La familia no fué para él una cadena que lo atara al poste de la inacción; la envidia fué un sentimiento desconocido; la cobardía, una vana palabra; para él los alimentos estaban en los frutos de los bosques y las municiones en las cartucheras de los enemigos. Para él un día de combate era la víspera de otro, y buscaba los escondites de la sierra, no como un abrigo, sino como un puesto de emboscada. Para ciertos combatientes, el parque es una riqueza que debe guardarse; para Guerrero, un cartucho era una orden de presentar batalla".

Si como político tuvo sus fallas, éstas, de hecho han sido olvidadas, pues el cadalso de Cuilapa fué a manera de crisol que lo purificó de sus debilidades humanas. Por eso el primer centenario de su muerte no debe ser luctuoso ni de lágrimas; debe ser un apoteosis, una epifanía, una manifestación de sano optimismo en los destinos de México. En la historia, a decir del ilustre filósofo Ortega y Gasset, triunfa la vitalidad de las naciones y no la perfección formal de los Estados.

La entidad federativa que hoy lleva el nombre del ilustre

Guerrero, se integró con poblaciones que habían pertenecido a los Estados de Puebla, de México y de Michoacán; pero históricamente, conserva la unidad heróica, el alma mater, pudiéramos decir, que le infundiera Guerrero, al hacer de nuestra tierra el baluarte de la Libertad. Mas la herencia de un pasado heróico, implica la obligación no sólo de conservarla, sino que impone el deber de la capitalización. Por eso hemos querido presentar a nuestros conterráneos y muy especialmente a la juventud guerrerense, esta semblanza histórica del General Vicente Guerrero que servirá en todo tiempo como un prototipo de constancia, desinterés y patriotismo.

Que a su tumba llevemos año tras año brazadas de rosas de nuestros jardines, encendamos en nuestro corazón la lámpara perenne de su recuerdo, y unamos nuestras voces a la salvaje sinfonía de los bosques surianos.

Que sus cenizas estén siempre cobijadas por el ala de la Bandera de las Tres Garantías, y que, de la urna de fina caoba en que se guardan, no surja la sombra de la muerte, sino el Sol espléndido de Septiembre, el Sol sin ocaso de la INDEPENDENCIA.

Juan B. Salazar.

México, febrero de 1931.



BIBLIOTECA
RAFAEL GARCÍA GRANADOS
INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES HISTÓRICAS



2000
MAY 10 2000
LIBRARY OF CONGRESS



